

29 Abril 75. *Colección*  
GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

**LAS MARAVILLAS**  
**DEL**  
**NUEVO MUNDO**

AVENTURAS DE UNA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA

por el Atlántico, las Pampas Argentinas,  
los Andes, Chile, el Océano Pacífico,  
las Tierras Australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,  
el Paraguay y el Gran Chaco.—Cacerías y pescas  
interesantes, carácter y costumbres  
de los indígenas, etc., etc.

RELATADAS POR  
ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

Entregas 33, á 40.

MADRID:

ADMINISTRACION DE LA GALERIA LITERARIA,  
Calegiata, núm. 6.

1875.

L47  
4176

ESTERBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ

LAS MARAVILLAS

DEL

NUEVO MUNDO

ALTERNAS DE SAN SEBASTIAN, 1871

Y de las demas partes de la Union Americana  
que se hallan en el comercio de las Indias  
y de las demas partes de la Union Americana  
que se hallan en el comercio de las Indias  
y de las demas partes de la Union Americana  
que se hallan en el comercio de las Indias

ESTADOS UNIDOS

ESTERBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ

Entre los 33 y 40

MUNDO

ESTERBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ

1871

L47-4176

D. Antonio pasó y se encontró ante la bella jóven, que le tendió una hermosa mano, diciendo con un acento seductor:

—Sois puntual y galante; os doy las gracias, amigo mio.

—¡Aurora!—exclamó el doctor, estrechando con un afecto indecible la pequeña mano de la jóven;—¡Aurora! ¡vos aquí! ¡tengo la dicha de volveros á ver!

—Eso no debe extrañaros, amigo mio,—contestó sonriendo la jóven.—Os ofrecí hace algun tiempo que si algun dia me lanzaba á la existencia de aventuras que forma el ideal de mis aspiraciones os llamaria á mi lado, y debíais esperar que eso sucediera un dia ú otro: así, pues, ó sois en extremo olvidadizo, ó no comprendo vuestra extrañeza.

—Perdonadme, Aurora,—repuso el jóven;—pero, sin que esto envuelva desconfianza alguna hácia vos, no esperaba, lo confieso francamente, que pudiérais cumplir vuestra promesa,

—¿Por qué, doctor?

—Porque no ignoraba que existian obstáculos....

—Esos obstáculos podian desaparecer, y en efecto, han desaparecido,—contestó gravemente Aurora.—En la actualidad soy tan libre como las aves.... pero, sentaos, amigo mio, sentaos y permitidme que admire esta bellísima escena: la *Lucia* es mi ópera favorita.

Se habia llegado á la preciosa escena del acto segundo en que el enamorado Edgardo, penetrando de improviso en el severo salon del castillo de Lammermoor en el momento en que Lucia, obligada por su feroz hermano,

*Handwritten signatures and scribbles at the bottom of the page.*

entregaba su existencia á un hombre aborrecido, exhala su dolor en cantos llenos de una desesperacion sublime y recuerda á su infeliz amante sus juramentos de amor eterno y fidelidad inquebrantable.

El doctor se sentó, y en tanto que Aurora volvía toda su atención al bellísimo drama que se desenvolvía en la escena, fijó en la jóven una mirada llena de ternura.

Aquella mujer podría contar de 22 á 23 años; tenía la frente blanca y despejada como el cielo en una mañana de primavera; los cabellos negros, profusos, brillantes y peinados con una elegancia exquisita; las cejas ligeramente arqueadas; los ojos grandes, rasgados, negros como la noche y ensombrecidos por largas pestañas; la boca pequeña, rosada, sonriente; el cuello redondo y flexible; los hombros ámplios, admirablemente curvos, y el talle esbelto y cimbrador como el tronco de una palmera.

Vestia un riquísimo traje blanco de crespon de la India y un magnífico albornoz de cachemira, que había arrojado sobre el respaldo de su sillón; lucía en su garganta un precioso collar de perlas, y llevaba entre los rizos de sus cabellos, por único adorno, una hermosa dalia roja.

Al fin concluyó el acto segundo, cayó el telón, y la jóven, volviéndose al doctor, dijo:

—¿Estais dispuesto á acompañarme en un largo viaje por América?

—Si,—contestó sin vacilar el doctor;—ós lo ofrecí en otro tiempo, y yo cumplo siempre mis promesas.

—¿No hay nada que os detenga en Barcelona?—preguntó sonriendo la dama.

—Nada: no tengo amante, ni familia, ni amigos; vivo absolutamente solo, como el hongo...

—¡Oh! Estamos en circunstancias idénticas; también yo estoy, por ahora, completamente sola. Pero tenemos que hablar mucho y aquí no estamos bien: ¿quiereis acompañarme?

—Con mucho gusto,—contestó el doctor.

La dama se levantó, echó sobre sus hombros su elegante albornoz, y apoyándose con abandono en el brazo del doctor, salió del palco.

A la puerta del teatro esperaba un magnífico carruaje arrastrado por yeguas normandas.

La dama y el joven profesor se acomodaron en los almohadones y el carruaje partió al gran trote.

—¿No preguntais á dónde vamos?—exclamó Aurora.

—¿Para qué? Con vos iré hasta el infierno,—contestó D. Antonio.

—Gracias; veo que nada habeis perdido de vuestra antigua galantería; pero estad sin cuidado: no os llevo al infierno, sino á mi palacio.

—¡Ah! ¿Teneis un palacio en Barcelona?

—Sí.

—¿Tan hermoso como el de Marsella?

—Más, mucho más.

—Pues no puedo adivinar...

—Es inútil, no lo adivinareis; tened paciencia y no tardareis en ver satisfecha vuestra curiosidad.

El doctor calló y el carruaje continuó rodando durante algunos minutos.

Al fin se detuvo, abrióse la portezuela y el doctor y la dama saltaron á tierra.

Estaban en el muelle, á orillas del mar.

La dama se apoyó en el brazo del doctor y dijo al lacayo:

—Esperad aquí.

Luego se aproximó á la escalerilla, junto á la cual esperaba una hermosa canoa tripulada por seis remeros.

—Entrad,—dijo al doctor.

D. Antonio saltó á bordo y tendió la mano á la jóven, que se apoyó en ella, saltó ligeramente á la canoa y se sentó en la popa sobre un almohadon de terciopelo.

El doctor se sentó en frente.

En medio de los dos estaba el timonel, cuyo rostro no podia verse á causa de la oscuridad y de las anchas alas del sombrero que cubria su cabeza.

—Vamos,—dijo la dama.

Un vigoroso empuje alejó la canoa del muelle, y los seis remos cayeron al agua.

D. Antonio observó que los marineros bogaban lenta y acompasadamente, segun la táctica usada en los buques de guerra.

La ligera embarcacion sorteó los innumerables buques que llenaban la bahía de Barcelona y puso la proa á una lucecita que brillaba á bastante distancia.

Cinco minutos despues atracaba al costado de una magnífica fragata de hélice.

—¡Ah!—exclamó el doctor;—se trata de un palacio marítimo!

—Sí, amigo mio,—contestó Aurora saliendo de la ca-

noa y subiendo, apoyada en el brazo del jóven, la cómoda escalera puesta en el costado del buque;—un palacio marítimo, cuyas dulzuras no cambiaria por el mejor palacio de la tierra.

El doctor no replicó, y se dejó guiar por la dama, que bajó una ancha escalera, cruzó una sala bastante extensa, recorrió un corto pasillo, y alzando un tapiz, penetró en un retrete decorado con un lujo y una suntuosidad verdaderamente orientales.

—Sentaos, amigo mio,—dijo Aurora,—y tened la bondad de esperar un momento: voy á cambiar de traje y á dar algunas órdenes.

El doctor, cuya admiracion crecia á cada momento, se inclinó sin responder, y la hermosa jóven desapareció por una puertecilla.

—Esto parece un cuento de las *Mil y una noches*,—murmuró el doctor, recorriendo con admirados ojos la estancia en que se encontraba.

Era, en efecto, un retrete maravilloso.

Una magnífica alfombra de terciopelo blanco con ligeros adornos azules cubria el pavimento, y de terciopelo blanco eran tambien las colgaduras de las puertas, la tapicería de las paredes, los divanes y los sillones. El techo, bellamente pintado á la flamenca, representaba un grupo de sirenas y tritones, uno de los cuales sostenia la magnífica lámpara que alumbraba la habitacion. En el frente y en los costados se abrian nueve ventanas, con cristales de colores, veladas por cortinas de riquísimo encaje: en medio de la estancia habia un magnífico velador, cargado de albums y de libros ricamente encuader-

dados, y en el frente, bajo una de las ventanas, un gran piano de Erard, sobre el cual se veían las mejores partituras de Meyerbeer, Bellini, Donizzetti, Rossini, Gounod, Arrieta, y hasta de ese genio no comprendido que se llama Ricardo Wagner.

El piano estaba abierto, y sobre el atril había puesta una pieza.

Era la *Invitación al vals*, de Weber.

Algunos momentos despues volvió la dama.

Había cambiado su elegante traje por una sencilla bata de seda blanca, y parecía más hermosa aún que en medio del fausto y del esplendor del teatro.

—Amigo mio,—dijo al doctor,—las brisas marítimas tienen la inapreciable cualidad de abrir el apetito; la cena nos aguarda, y espero que me hagais el obsequio de acompañarme.

—Con mucho gusto, amiga mia,—contestó el doctor.

Y siguiendo á la jóven, salió de la recámara, cruzó el pasillo, y se encontró en la sala exterior, en cuyo centro se veía una mesa cubierta con un lujoso servicio.

De pié, apoyado en una silla, esperaba un jóven de veintiocho años, fuertemente moreno, y cuyo semblante sombreaba una hermosa barba negra.

Al ver al doctor, se dirigió á él y le tendió la mano.

—¡Calla!—exclamó sorprendido D. Antonio;—vos aquí, amigo Arias!

—Ya lo veis; esta señora me ha hecho el honor de confiarme el mando de este hermoso buque...

—¡Oh! pues ha tenido un gran acierto; aquí teneis, Au-

rora, el mejor marino de España, por su inteligencia y por su valor.

—Amigo mio...—exclamó el capitán.

—¡Fuera modestia!—repuso sonriendo Aurora;—vuestra expedición al mar de Baffin y el premio que os concedió la Sociedad de Geografía de Filadelfia hablan más alto que los elogios del doctor. Pero, cenemos: las amistades antiguas no pueden reanudarse mejor que ante una mesa bien servida.

Los dos amigos tomaron asiento, y la hermosa jóven, indicando un barrilito, dijo al doctor:

—Servidme, amigo mio: ahí teneis magnificas ostras de las Rías Bajas, superiores en mucho á las que nos traen de Ostende.

La cena dió principio: era una cena de príncipe, en la que no habia ningun plato vulgar; los vinos eran esquisitos y el servicio de gran valor.

Después de los postres, la jóven se levantó y dijo al capitán.

—Querido Arias, hacedme el obsequio de llevar á la recámara un buen planisferio, y en tanto que tomamos café, discutiremos el programa de nuestro próximo viaje.

El capitán salió del comedor, dirigiéndose á la toldilla, y la jóven y el doctor volvieron al saloncito.

Sobre el velador esperaba un bello servicio de café.

Aurora se reclinó indolentemente en una butaca, el doctor la imitó, y la jóven dijo:

—Puesto que estais, como esperaba, dispuesto á seguirme, debo ante todo desvanecer ciertas dudas que induda-

blemente os asaltan y que nacen de lo extraordinario de mi conducta.

—¡Oh! ¡Aurora!—exclamó el doctor.

—Como os dije en el teatro,—continuó la joven,—los obstáculos que se oponían á que pudiese realizar mis proyectos de viajes y aventuras han desaparecido. Mi esposo ha muerto hace poco más de un año, soy completamente libre, y puedo disponer á mi antojo de mi persona. Resuelta á inaugurar un método de vida conforme con mi carácter y con mis gustos, y acordándome de la promesa que mutuamente nos hicimos en Marsella, he venido á Barcelona, donde sabía que os hallábais, con el solo objeto de invitaros á ser mi compañero de aventuras. Vuestros conocimientos científicos me serán preciosos, y segun vayamos visitando diferentes países, me ireis enseñando su historia, su geografía, las costumbres de sus habitantes, sus fuentes de riqueza y su estado de civilización: nos instruiremos mutuamente.

En aquel instante apareció el capitán, y la joven calló.

—Aquí teneis el planisferio,—dijo el marino poniendo sobre el velador un rollo de papel.

—Muy bien, capitán; ahora servidme y hacedme el obsequio de sacar cigarros.

El capitán llenó las tres tazas; luego cogió una cesti-  
ta de mimbres, llena de magníficos cigarros, la presentó al doctor, que tomó uno, tomó él otro, y despues de exhalar la primera bocanada de humo, empezaron á tomar café.

—Principiemos,—dijo Aurora.

El doctor extendió el mapa, que era un planisferio inglés levantado según la proyección de Mercator, que ofrecía todo el conjunto del globo terrestre, y lo puso delante de Aurora.

—Supongo,—dijo el sabio,—que ya tendréis resuelto el punto á donde hemos de ir desde aquí.

—A Buenos Aires,—contestó Aurora;—quiero, ante todo, visitar la tierra que me vió nacer y abrazar á los seres que me son queridos.

—Nada más justo,—repuso D. Antonio.—Ahora bien, puesto que nuestro punto de arribo es la capital de la Confederación Argentina, allí nos proporcionaremos los elementos necesarios para un viaje por tierra y visitaremos el extenso territorio de las Pampas: de este modo podremos comprobar las observaciones hechas por M. Guinard durante su cautiverio entre los pampeanos.

—Perfectamente.

—Después, por la aldea del Río Quinto, siguiendo el camino de este célebre francés, nos dirigiremos á Mendoza y visitaremos sus ruinas y su encantador paisaje; llegaremos á los Andes, que nos dejarán estudiar su naturaleza volcánica, sus nieves perpétuas y sus interesantes animales; atravesaremos la cordillera por el desfiladero de Uspallata, llegaremos á Santiago de Chile, y por fin de esta escursión iremos á Valparaíso, donde puede estar la fragata.

El marino hizo con la cabeza una señal de aprobación.

—Muy bien,—dijo Aurora, que había ido siguiendo atentamente el itinerario marcado por el doctor,—así,

pues, nuestro viaje se reduce, por ahora, á recorrer las provincias meridionales de la República Argentina y una pequeña parte de Chile.

—Exactamente: una vez en Valparaiso y á bordo de vuestro buque, haremos rumbo al Sur y visitaremos la Patagonia, el estrecho de Magallanes y la Tierra del Fuego; doblaremos el cabo de Hornos, y despues de examinar el Rio Camarones y de visitar la colonia del Cármen, volveremos á nuestro punto de partida, para redactar el programa de una segunda expedicion.

—Perfectamente; pero, ¿no estarán ya bastante conocidos los paises que habeis enumerado?—preguntó Aurora.

—Aun queda mucho que hacer, mucho que estudiar,—contestó el profesor;—sin que nos cueste grandes fatigas, yo os aseguro que encontraremos muchas cosas completamente nuevas.

—Queda, pues, aprobado el programa. Ahora decidme: ¿cuánto tiempo necesitais para disponer vuestro equipaje y despediros de vuestros amigos?

—Para mi equipaje, dos horas; para despedirme, ni un minuto: vivo completamente aislado, y puedo desaparecer de Barcelona sin que nadie note mi ausencia.

—De modo que podreis hallaros aquí al romper el dia.

—Sí por cierto.

—Os espero, pues, á esa hora, y apenas esteis á bordo nos haremos á la mar.

—Muy bien.

—El capitán dispondrá que dos de sus hombres vayan

á buscar vu estro equipaje, y un bote os aguardará en las escaleras del muelle.

El doctor estrechó la mano que le tendia la jóven, y acompañado de su amigo, salió de la recámara y subió á cubierta.

—Seis hombres á la canoa,—dijo el capitan.

En un momento fué tripulada la ligera embarcacion, que flotaba al costado de la fragata, saltó á ella el doctor, cayeron los remos al mar, y cinco minutos despues, don Antonio pisó las escaleras del muelle y subió al carruaje de Aurora, que lo condujo rápidamente á su casa.

á hacer su equipaje y un hora se aguarda en las escaleras del muelle.

El doctor estrechó la mano que le tendía la joven y acompañado de su amigo, salió de la recámara y subió á

—¿Estas señoras á la cama? — dijo el capitán.

En un momento en que se preparaba para salir, que estaba al costado de la fragata saltó á ella el doctor,

dejaron los remos al mar, y cinco minutos después, don Antonio pasó las escaleras del muelle y subió al carruaje

de Aurora, por lo que se llamó **La fragata Aurora.**

El doctor empleó lo que quedaba de noche en arreglar su equipo de viaje, es decir, sus mapas, sus anteojos de día y de noche, sus cronómetros, termómetros y barómetros, instrumentos para la disección de animales, algunas obras de viajes modernos, y finalmente, un pequeño botiquin. Unió á esto toda su ropa, y cuando tuvo sus dos cofres cerrados se dedicó á limpiar perfectamente una magnífica carabina de Purdey Moore y Dickson, con la cual destrozaba una moneda á la distancia de cien pasos.

Cuando concluía sus arreglos empezaba á amanecer.

El doctor llamó á su viejo criado, le encargó el cuidado de la casa, le dejó dinero para vivir cómodamente por espacio de dos años, y dispuesto ya, esperó la llegada de los marineros.

Media hora después, D. Antonio y su equipaje se encontraban á bordo.

La cubierta de la fragata se estremecía bajo la trepidación de las calderas, y torrentes de negro humo se escapaban por la chimenea.

Aurora estaba sentada en la toldilla, á pesar del fresco de la madrugada, y á su lado se hallaba el joven capitán del buque.

El doctor se dirigió á ellos.

—Solo esperábamos vuestra llegada,—dijo Aurora estrechando la mano del joven sabio.

—¿Vamos, pues, á partir?—preguntó éste.

—En el momento: estoy impaciente por verme en alta mar.

La marea estaba tendida: muy pronto se empezó á percibir el reflujo; la *Aurora* largó sus amarras, lanzó la máquina vigorosos silbidos, púsose la hélice en movimiento y empujó al buque fuera del puerto.

Media hora despues, ya á bastante distancia de la costa, la fragata puso la proa al Sur, aumentóse su velocidad y navegó en pleno Mediterráneo.

La fragata *Aurora* era un magnífico buque de 2.000 toneladas, y habia sido construido á todo coste en los astilleros del Ferrol. Andaba á la vela tanto ó más que el mejor buque extranjero; pero su principal agente de locomoción era la potencia mecánica que encerraba en sus flancos. Su máquina, de una fuerza efectiva de 1.000 caballos, estaba construida por un sistema nuevo y poseía aparatos de calefacción que daban al vapor una tensión mayor que la ordinaria. A todo vapor la *Aurora* andaba con una velocidad de diez y seis millas por hora, y cuando á la potencia de su máquina unia el esfuerzo de sus

velas, esta velocidad se aumentaba en cuatro nudos, lo que hacia de ella el buque más ligero de cuantos cruzan los mares.

Su capitan, Paco Arias, como le llamaban sus colegas de la costa de Galicia, era un jóven que habia estudiado en la escuela de Náutica de la Coruña, de donde salen los mejores capitanes españoles. Despues de sus estudios habia hecho algunos viajes trasatlánticos, en los que acreditó su pericia, valor y sangre fria; tomó el título de piloto de derrotas, y en Santander, Bilbao, la Coruña y Vigo, donde los buenos pilotos son numerosos, se le contaba entre los más diestros, inteligentes y resueltos. Dos años antes habia formado parte, mandando una corbeta de hélice, de una expedicion científica enviada por los Estados-Unidos á los mares boreales, distinguiéndose tanto por sus conocimientos científicos, que el jefe de la expedicion le propuso para el premio de 5.000 duros que la Sociedad geográfica de Filadelfia destinaba al oficial que más se distinguiese, siendo además agraciado con el título de sócio de mérito de aquella respetable corporacion.

El segundo era un marino probado, hombre de 40 años, en quien Paco tenia completa confianza. El resto de la tripulacion estaba compuesto de gente segura, adicta á su capitan, diestra y hábil en su oficio.

Además de sus tripulantes, que llegaban á veintidos, incluyendo el capitan y el piloto, iban á bordo un cocinero negro, un pinche, un camarero, dos doncellas destinadas al exclusivo servicio de Aurora, un cochero y un lacayo, formando con la hermosa jóven y el sábio doctor un total de treinta y una personas.

La fragata estaba repartida del modo siguiente: las habitaciones de Aurora, compuestas de la recámara, una pieza de tocador y un dormitorio. Después había una sala que servía de comedor, y que daba entrada á ocho camarotes, tres de los cuales estaban desocupados, habitando los cinco restantes el doctor, las dos doncellas, el capitán y el piloto. La tripulación y los criados ocupaban el entrepuente, y finalmente, en una cuadra hábilmente dispuesta se veían cuatro magníficos caballos de tiro, destinados á dos elegantes carruajes depositados en la bodega.

El cargamento se componía de carbon, víveres y armas, entre las cuales figuraba un cañon giratorio que podía enviar una bala de á ocho á la distancia de tres millas. Los víveres eran escogidos, y entre ellos se contaban algunos carneros, lo que permitía contar siempre con carne fresca.

Teniendo espacio y fondos de que disponer, Paco Arias había convertido en carboneras algunos pañoles, con el objeto de almacenar una buena provision de combustible. Además, había provisto al buque de un aparato destilatorio, que por medio de la evaporacion volvía dulce el agua del mar, lo que ponía á los viajeros á cubierto de las contingencias producidas por la escasez ó la falta de agua, y de un horno portátil donde se cocía diariamente el pan necesario para el consumo.

Nada faltaba, pues, en el buque, y la existencia podía ser á su bordo tan cómoda y desahogada como en tierra.

A las nueve, muy lejos ya de la costa y navegando

al Sur con una velocidad de 13 nudos, debida únicamente al vapor, Aurora, el doctor y Paco Arias se reunieron bajo la toldilla, donde estaba servido el almuerzo.

—¡Qué hermoso es el mar!—decía la dama;—¡parece que en él tiene más luz el sol, más pureza la atmósfera, más vida la naturaleza! ¡Bien empieza nuestra expedición! ¡Quiera Dios que continúe así y que tenga un éxito feliz!

—Tal espero, amiga mia,—contestó el doctor;—el tiempo está magnífico y las indicaciones del barómetro prometen que se sostendrá: nos hace falta, sin embargo, un poco más de viento.

—¿Durará mucho la travesía?—preguntó Aurora.

—Eso nos lo dirá nuestro capitán. ¿Andamos bien, amigo Arias? ¿Estais contento del buque?

—Muy contento, doctor,—respondió el marino;—la *Aurora* es un buque magnífico que llena de orgullo al capitán que lo manda; la máquina es digna del casco. Andamos 13 nudos por hora, y despues que nos encontremos en el Atlántico andaremos 18 ó 20, si el viento nos ayuda.

—De modo que á este paso.....

—A este paso, cortaremos el Ecuador dentro de doce días y antes de un mes estaremos anclados en el Río de la Plata.

—¿Y qué tal os prueba la navegacion, querida amiga?—preguntó el doctor.

—Perfectamente,—respondió Aurora;—los balances son muy poco sensibles y me acostumbro muy bien á ellos. Por otra parte, aquí respiro con toda libertad, puedo ten-

der mi vista hasta los últimos límites del horizonte....  
Aquí se vive, doctor, con más amplitud, con más desahogo que en tierra.

—¡Ah! Por lo que veo, teneis amor al mar,—exclamó el doctor.

—Sí; amo al mar, porque amo la libertad, amo el reposo, amo la vida.

—Sin embargo, querida, el mar es pérfido y traidor: sus tempestades llevan el luto á centenares de familias y son innumerables las víctimas que han encontrado la muerte entre sus encrespadas olas.

—Es verdad; pero ¿acaso en tierra, en medio de esa sociedad egoísta, tiránica y corrompida, no está expuesto el hombre á contingencias mucho más funestas? Aquí, amigo mio, podreis perder la vida, pero nadie atentará á vuestra honra; aquí un tiburón podrá devoraros, pero de seguro nadie os calumniará. Y aun en el caso de que encontréis la muerte en los mares, ¿podreis nunca hallar en tierra una tumba más grande y más hermosa?

Aurora pronunció estas palabras con un acento verdaderamente entusiasta.

El doctor y el capitán la escuchaban admirados.

—Por otra parte,—continuó la hermosa jóven,—el mar es por excelencia el campo en que mejor se desenvuelven y desarrollan las fuerzas y la inteligencia del hombre, y el buque el verdadero y más poderoso vehículo de la civilización. Vos, querido doctor, comprendereis esto mejor que nadie: si el globo no hubiera sido más que una inmensa extensión de tierra, hoy, en pleno siglo XIX, no conoceríamos de él ni la centésima parte. Ved, si no, lo

que pasa en el interior de los grandes continentes: en los abrasados arenales de Africa, en los helados páramos de Siberia, en las grandes llanuras de Asia, en las extensas pampas de América, en los vastos terrenos de la Australia, en las glaciales llanuras de los polos el hombre no se atreve á penetrar; el más valiente retrocede y el más esforzado sucumbe. Los medios de transporte faltan por completo; el calor, el frio, la falta de viveres ó de agua, las enfermedades, las fieras, el salvajismo de los indígenas son otros tantos obstáculos que el hombre muy pocas veces puede vencer. Veinte millas de desierto son una distancia mucho mayor y separan más á los hombres que quinientas millas de Océano. Los que habitan un litoral son, por decirlo así, vecinos de los que habitan el litoral opuesto; y en cambio, son extranjeros unos de otros los que viven en los opuestos limites de una selva. Así, por ejemplo, España confina con el Brasil, al paso que Lima está á millones de leguas de Rio Janeiro. Hoy se atraviesa el mar con mucha más facilidad que el más pequeño desierto, y gracias á él, como ha hecho observar con mucha razon el sábio americano Maury, se ha establecido un parentesco universal entre todas las partes del mundo.

Aurora hablaba con calor, sin que el sábio ni el capitán tuvieran que replicar una sola palabra á aquel himno cantado al Océano.

Concluido el almuerzo, la jóven se retiró á su saloncito, y poco despues se oyeron los armoniosos acordes del piano, que tocaba con admirable maestría.

Los dos amigos encendieron sus cigarros y subieron sobre la toldilla.

El día estaba hermoso; el sol resplandecía en un cielo azul, puro y despejado como la frente de una niña; una ligera ondulacion rizaba la superficie de las aguas, y la fragata se mecía suavemente, acariciada por una débil y fresca brisa.

El viaje continuó en medio de la más perfecta tranquilidad, y dos días despues de su salida de Barcelona, cuando el sol acababa de aparecer en el extremo Oriente, la *Aurora* penetró en el estrecho de Gibraltar.

Paco Arias y el doctor se hallaban sobre la toldilla cuando la hermosa viajera salió de su cámara.

Los rayos solares disiparon muy pronto las brumas de las costas, y entonces pudieron verse, de un lado, el Hacho y las fortificaciones de Ceuta, del otro, el altísimo peñon de Gibraltar.

Aurora tendió su brazo hácia este último punto y dijo:

—Hé aquí el único borron que mancha la bandera de Castilla. ¿Cuándo disiparán los españoles esa nube que oscurece el cielo de su gloria?

—Cuando puedan,—contestó suspirando el doctor.

Dos horas más tarde habian pasado el estrecho: aumentóse el vapor, perdióse de vista el cabo Espartel y la fragata cortó con su estrabe las oscuras aguas del Atlántico.

### CAPÍTULO III.

#### La antigua Atlántida.

Seis días después de su partida la *Aurora* se encontró á la vista del grupo de Madera.

El doctor y la joven subieron á la toldilla.

—¿Creeis,—preguntó Aurora,—que debemos hacer escala en estas islas?

—No, amiga mia; este grupo está ya muy conocido,—contestó D. Antonio,—y nada interesante puede ofrecernos: sus viñas eran lo único que tenia de notable, y hoy apenas existen. La cosecha de vino, que á principios del siglo era de treinta mil pipas, habia descendido á tres mil en 1840 y en la actualidad no llega á quinientas. Ya veis, pues, que detenernos aquí seria perder el tiempo.

—Muy bien; pero, en Canarias, ¿sucede lo propio?

—Con poquísima diferencia. Lo único digno de llamar la atención era el pico de Tenerife, que se eleva á once mil piés sobre el nivel del mar, y esa montaña ha sido

ya perfectamente estudiada por el célebre baron de Humboldt, que llegó al pico, visitó el volcan, bajó al fondo del cráter y dió de todo una descripcion exactisima. Nada, pues, tenemos que hacer allí.

—Como queráis,—respondió la dama.—Respecto á las islas del cabo Verde nada quiero deciros, porque ya sé que es un grupo poco interesante. Así, pues, nuestro rumbo será directo á Buenos-Aires.

En aquel momento, Paco Arias subió á la toldilla.—

—¿Qué órdenes me dáis, señora?—preguntó á la jóven.

—Seguir adelante, mi querido capitán.

—¿No quereis, pues, deteneros en Madera?

—No.

—¿Ni en Canarias?

—Tampoco: hacéd rumbo directamente al Rio de la Plata.

Paco Arias dió algunas órdenes, y la fragata, modificando su marcha, se alejó de Madera.

Aquella misma tarde el doctor leia en el saloncito una bella novela de Fenimore Cooper, en tanto que Aurora tocaba el piano, cuando la jóven, volviéndose repentinamente, le dijo:

—He leído alguna cosa respectó á un continente sumergido en estos sitios antes de los tiempos históricos; ¿quereis decirme algo sobre este asunto, mi querido sábio?

—No tengo inconveniente, amiga mia,—contestó el doctor;—el continente á que os referís es la Atlántida, y su existencia, así como su sumersion, son hechos que, por lo infundados, podemos llamar fabulosos.

—Sin embargo, hay autores que admiten su existencia.

—Sí por cierto: Posidonio, Plinio, Tertuliano, Engel, Tournefort, Avezac y Buffon hablan de él con más ó menos claridad; pero en cambio, Orígenes, Jámblico, Porfirio, Malte-Brun y Humboldt lo relegan sin vacilar á la esfera de la fábula.

—¿Y podeis decirme quién fué el primer historiador que se ocupó de ese continente?—preguntó la dama.

—Uno de los hombres más sábios y más ilustres de la antigua Grecia, Platon, que consigna en sus escritos los grandes hechos de los atlantes, pueblo poderoso contra el cual se hicieron las primeras guerras de los griegos. Dice tambien que departiendo un dia el célebre legislador Solon con algunos ancianos de Sais, ciudad que contaba ochocientos años, uno de ellos le refirió la historia de otra ciudad mil años más antigua. Esta ciudad griega habia sido invadida en parte y en parte destruida por los atlantes, que, segun él, peblaban un continente inmenso, mayor que el Asia y el Africa reunidas y que estaba situado más allá de las Columnas de Hércules. Su dominacion se extendia hasta el Egipto: quisieron imponerla á Grecia, y tuvieron que retirarse ante la enérgica y tenaz resistencia de los helenos. Siglos despues sobrevino un cataclismo; inundaciones y torrentes cambiaron la superficie de esta parte del globo, y la Atlántida desapareció en el seno de las aguas. Segun este sistema, Madera, Canarias, las Azores y el grupo del cabo Verde pudieran ser las cimas de las más altas montañas del continente sumergido, que gracias á su elevacion se descubren todavía.

—¿Y se ha supuesto algo sobre las causas que pu-

dieron dar lugar á ese fenómeno?—preguntó Aurora.

—Admitiendo el hecho como cierto, podemos creer en un hundimiento producido por la depresion de los gases subterráneos. Unos sábios se inclinan á esta opinion; pero otros creen que semejante cataclismo solo pudo ser producido por algun fenómeno volcánico.

—¿Y son fundadas esas hipótesis?

—Si, amiga mia, especialmente la última. Se han señalado, en efecto, numerosos volcanes submarinos en esta porcion del Atlántico, y muchos buques han sentido sacudimientos extraordinarios al pasar por estos lugares. Los unos han oido rumores sordos que anunciaban la profunda lucha de los elementos; los otros han recogido escorias volcánicas que sobrenadaban en la superficie del mar, y todo este suelo hasta el Ecuador está trabajado por fuerzas plutónicas. Varias circunstancias parece que quieren probar la existencia de un volcan submarino á poca distancia de la isla de San Miguel, en las Azores. El 11 de Junio de 1838, después de un violento terremoto, elevóse cerca de ella un islote volcánico de cerca de dos leguas de largo por ciento veinte metros de altura, que á pesar de su considerable extension no tardó en desaparecer. En virtud de otra conmocion volcánica, el 31 de Diciembre de 1719 surgió entre las islas de San Miguel y Terceira otra isla del mismo carácter, cuya cima arrojaba mucho humo, cenizas y piedra pomez, mientras que por sus costados se despeñaban torrentes de lava: su altura era tal, que se la veia desde una distancia de diez leguas; pero en 1722 habia bajado al nivel del mar y el 17 de Noviembre de 1723 habia desaparecido por com-

pleto: A 31 de Enero de 1811, tras un fuerte sacudimiento, dióse á conocer á corta distancia de la costa oriental de la misma isla de San Miguel una nueva abertura volcánica, que arrojaba humo, cenizas, arena y agua fuera del mar y con gran violencia, levantándose el humo y las piedras hasta 600 metros. Tras ocho dias de erupcion, cesó ésta completamente; pero en el punto donde se habia desarrollado, en el cual no se habia hallado hasta entonces fondo sino á 70 brazas, apareció un banco en que rompián las olas. En 15 de Junio del mismo año volvióse á manifestar con tanta violencia como la primera vez, pero más cerca de la costa, otra erupcion que dió origen á una isla de 100 metros de alto por una milla de circunferencia, terminada por un cráter que vomitaba agua caliente. A fines de Febrero de 1822 era imposible reconocer el sitio que habia ocupado aquella isla, á no ser por el vapor que de cuando en cuando salia del Océano.

—De modo,—exclamó Aurora,—que si admitiésemos la existencia de la antigua Atlántida, demostrada como está por esos repetidos fenómenos la presencia de volcanes submarinos en estos lugares, no sería aventurado deducir que quizá algun dia cualquier fenómeno eruptivo puede devolver á la superficie de las aguas ruinas de grandes caudales sumergidas bajo las olas.

—Así es, amiga mia; pero casi puedo aseguraros que ese fenómeno no se realizará. Los volcanes, tan numerosos en los primeros dias del mundo, se extinguen lentamente; y esto es una prueba de que las fuerzas subterráneas van agotándose poco á poco. Se debilita el calor interno, y la temperatura de las capas inferiores de la tier-

ra descende en una cantidad que puede apreciarse cada siglo, con detrimento de nuestro globo, porque ese calor es su vida.

—¿Y eso está probado?—preguntó Aurora.

—Con hechos, amiga mia, que son pruebas irrecusables.

La conversacion concluyó aquí: Aurora volvió á entregarse á la música y el doctor se ocupó de la novela de Cooper.

La noche pasó con entera tranquilidad. Al amanecer se levantó un ligero viento del Nordeste, y para aprovecharlo, la fragata largó la mayor parte de sus velas.

El día 9 de Setiembre, la *Aurora* cruzó el Ecuador, ganó la corriente del Brasil y entró en el hemisferio austral.

—¿Y eso está probado?—preguntó Aurora.  
—Con hechos, amiga mía, que son pruebas irrecu-

#### CAPITULO IV.

##### La pesca de una ballena.

Algunos dias despues, hallándose á los 11 grados de latitud Sur, los pasajeros de la *Aurora* fueron testigos de una pesca muy curiosa.

Eran las ocho de la mañana y el doctor subia sobre cubierta para respirar un poco el aire libre, á pesar del ardiente calor del sol, cuando un marinero anunció que se hallaba una ballena á la vista.

—¡Una ballena en estos mares!—exclamó el doctor;—yo creia que las ballenas no venian nunca á latitudes tan bajas.

—Esa es la regla, mi sábio amigo,—contestó el capitán, que se le habia unido;—pero, sin embargo, no es la primera que en mis viajes encuentro en climas intertropicales.

Uno y otro se acercaron al filarete y pudieron ver á distancia de una milla por sotavento una magnífica ba-

llena que arrojaba por sus espiráculos torrentes de agua y de vapor.

El doctor la examinó atentamente con su anteojo, y reconoció la ballena austral, de cabeza deprimida y completamente negra, que anatómicamente se distingue de la ballena blanca y de la ballena del Norte en tener soldadas las siete vértebras cervicales y poseer dos costillas más que sus congéneres.

—¡Qué lástima,—exclamó el doctor,—que no tengamos á bordo un buen harponero!

—¡Hola! ¿acaso quereis que intentemos la pesca de ese interesante cetáceo?

—La presenciaria con mucho gusto: he leído bastante acerca de eso, particularmente en los viajes del célebre Davis, y puedo formarme una idea de lo que es la pesca de ballena; pero, como vos indudablemente comprendeis, amigo mio, de leer á ver hay una diferencia inmensa.

—Efectivamente: voy, pues, á pedir permiso á doña Aurora para ofrecerla el espectáculo de una pesca curiosa.

—¿Pero teneis harponero?

—Uno de los mejores que han manejado harpon.

—¿Quién es?

—Nuestro contramaestre.

—Id, pues, amigo mio; avisad á Aurora y daremos caza á ese magnífico animal.

El capitán desapareció por la escotilla, y poco despues volvió precedido de la jóven.

El doctor la dió el anteojo y Aurora contempló detenidamente el cetáceo.

—¡Qué animal tan enorme!—exclamó.

—Las he visto mayores,—contestó Paco;—hace dos años, en el golfo de Melville, tuve ocasion de pescar una que media 125 piés de longitud.

—Dad, pues, las órdenes para pescar la que tenemos á la vista,—repuso Aurora,—y si quereis aprovechar su aceite....

—No se mata una ballena para dejarla perder.

—Id, pues, mi querido capitán, y que Dios os ayude.

Aurora y el doctor se sentaron sobre la toldilla, y el capitán hizo botar al agua la lancha, que tripularon ocho remeros y el contramaestre armado con una larga lanza y un afilado harpon sujeto al extremo de un cable.

Paco se puso al timon.

La lancha se separó del buque, dirigiéndose rápidamente á la ballena.

—Hé ahí un animal,—dijo Aurora,—que juega un gran papel en el mundo marítimo y cuya influencia en los descubrimientos geográficos ha podido ser considerable.

—Y lo ha sido, en efecto,—contestó el doctor;—la ballena, atrayendo primero á los vascongados y asturianos y luego á los ingleses y holandeses, es quien los enardeció contra los peligros del Océano y los condujo de uno á otro extremo de la tierra. Hay leyendas antiguas que pretenden que estos cetáceos llevaron tras de sí á los pescadores hasta siete leguas del polo Norte.

—¿Y es cierto ese hecho?

—Si por ahora no lo es, puede serlo algún dia, y probablemente así será como, pescando ballenas en los mares árticos ó antárticos, alcanzaran los hombres los dos

puntos desconocidos del globo. Por de pronto, en 1816 el bergantín *Neptuno*, buque ballenero de Aberdeen, llegó de esa manera á los  $83^{\circ} 20'$  de latitud Norte, cuando la expedicion inglesa mandada por el capitan Parry no pudo pasar de los  $82^{\circ} 40'$ . Pero prestad atencion, amiga mia: la lancha se encuentra ya cerca de nuestro cetáceo y dentro de un momento empezará la caza.

Aurora se levantó, se apoyó en el filarete y miró con el antejo.

La fragata paró su vapor y se puso al paio.

En efecto, la lancha se habia aproximado al gigantesco cetáceo, que aparecia sobre la superficie del mar, mostrando su negro lomo, como un islote, y se dejaba mecer á merced de las olas, porque una ballena no nada de prisa sino cuando se cree perseguida.

Es un espectáculo siempre conmovedor el que ofrece un frágil esquife atacando á semejantes colosos. El que era objeto de la persecucion de Paco mediria unos 100 piés, lo que no es una longitud exajerada, pues en los mares polares se les ha encontrado que median 150. Escritores antiguos hacen mencion de algunos de más de 500 piés; pero debemos colocarlos entre las especies llamadas *imaginarias*.

Cuando la lancha se encontró cerca de la ballena, el harponero hizo una señal, que obligó á los remeros á dejar de bogar, y blandiendo su formidable harpon, lo arrojó diestramente y con fuerza. El instrumento, armado de javalinas en forma de sierra, se hundió en el denso colchón de grasa: la ballena herida sacudió su cola hácia atrás, levantando un torbellino de espuma, y se sumer-

gió. Los marineros levantaron los remos perpendicularmente; la cuerda atada al harpon y preparada de antemano, se desarrolló con una rapidez suma, y la lancha fué arrastrada en tanto que el capitán la dirigia hábilmente.

La ballena, en su fuga, se alejaba de la fragata, que puso en movimiento su hélice, dirigiéndose al teatro del combate.

El cetáceo corrió por espacio de media hora, siendo preciso mojar repetidas veces la cuerda del harpon para que con el roce no se inflamase.

Cuando disminuyó la velocidad del animal, se fué recogiendo la cuerda poco á poco y arrollándola con cuidado. No tardó en aparecer la ballena en la superficie del mar, que sacudió con su formidable cola, y verdaderas mangas de agua cayeron sobre la lancha formando una violenta lluvia. La frágil embarcacion se acercó rápidamente al coloso; el contramaestre cogió su afilada lanza, y con seguro brazo la hundió en el gigantesco cuerpo del animal, que se estremeció en las convulsiones de la agonía:

—Ya es nuestra,—dijo el harponero.

La jóven y el doctor habian seguido con grande interés todas las peripecias de aquella interesante pesca.

La lancha volvia al buque remolcando el cadáver del cetáceo, que sobrenada sobre un costado.

—Es una hembra,—dijo el doctor, señalando las enormes mamilas del animal;—he leído que la leche de la ballena tiene un sabor muy parecido á la de vacas...

—Podeis probarla si gustais,—contestó sonriendo Aurora.

D. Antonio hizo un gesto de repugnancia.

—En aquel momento el capitán saltaba sobre cubierta.

—¿Ha complacido á la señora nuestra pesca?—preguntó á la jóven.

—Sí, mi buen Arias,—contestó Aurora;—es un espectáculo muy interesante, pero tambien muy peligroso para los actores que lo desempeñan.

—Especialmente para la ballena,—dijo Paco.

—Y tambien para los pescadores,—repuso la jóven.

En aquel momento un camarero anunció que estaba servido el almuerzo.

Los tres entraron en la toldilla, y Aurora, llenando tres copas de cerveza, dijo:

—Refrescad, mi buen Arias; estais sofocado.

El jóven capitán enjugó el sudor que inundaba su frente, bebió su copa de cerveza, y mientras se servía dijo al doctor:

—¿Habeis reparado en la velocidad de la ballena cuando se sintió herida y emprendió la fuga?

—Si por cierto,—contestó D. Antonio;—á ese paso podría haber corrido treinta millas por hora.

—Dicen algunos que esos animales pueden dar la vuelta al mundo en quince dias; ¿es verdad eso, amigo mio?

—No lo sé, y por consecuencia, ni lo afirmo ni lo niego.

—Pues lo que no sabeis ninguno de los dos,—dijo Aurora,—es por qué las ballenas tienen el apéndice caudal comprimido horizontalmente, y no en sentido vertical como los demás habitantes del mar.

—No por cierto,—contestó Arias.

—¿Y vos tampoco, doctor?

—Debo confesar que lo ignoro, amiga mia!

—¡Estos son los sábios!—exclamó sonriendo la jóven;—¡todo lo ignoran! Pues sabed que en los primeros dias del mundo, viendo el Creador que las ballenas marchaban demasiado aprisa, las retorció la cola, que hasta entonces habian tenido vertical, y desde entonces la mueven de arriba abajo, con detrimento de su velocidad.

El doctor y el capitan sonrieron, y el primero preguntó:

—¿Cómo sabeis eso, querida?

—Lo he oido decir, no recuerdo á quién. Ahora contéstadme á una pregunta: ¿viven mucho tiempo esos animales?

—Mil años,—respondió el capitan.

—Mucho me parece; ¿qué decís vos, doctor?

—Os diré lo que hay de más fundado en este asunto. Hace cuatro siglos, cuando empezó la pesca de la ballena, tenian estos animales una magnitud muy superior á la que adquieren hoy: se supone, pues, con bastante lógica, que la inferioridad de las ballenas actuales nace de que no han tenido el tiempo necesario para adquirir todo su desarrollo. Por éso ha dicho Buffon que esos gigantes cetáceos podian y debian vivir mil años.

Aurora hizo un gestecillo de duda y varió de conversacion.

Poco despues concluyó el almuerzo: la jóven y el doctor bajaron á la recámara, y Paco Arias se entregó á la direccion de las operaciones necesarias para el aprovechamiento de la ballena.

La extraccion del aceite se hizo con todo esmero, y dió un resultado de cuarenta toneladas.

—¿Tendrás razón, amigo mío?— contestó el marino;— pero precisamente estas calmas suelen preceder á una próxima variación de tiempo, y por poco que el viento sea contrario, tornará bastante vuestra marcha.

#### CAPÍTULO IV.

—¿Y que le hemos de hacer?— preguntó el doctor. —Sin duda, á no ser que haya tempestad. —Nos amedrenta acaso?— preguntó el doctor. —Si por cierto. —Pues nada noto en la atmósfera... —No os da de la apariencia del cielo, amigo mío; no.

Dos días después Paco Arias, que habia hecho á las doce sus observaciones, manifestó que se hallaban á los 20° de latitud Sur y 22° de longitud segun el meridiano de San Fernando.

Hasta entonces el viento del Nordeste ó del Este se habia sostenido, pero hacia ya dos días que manifestaba tendencias á disminuir, y fué en efecto cayendo, hasta que el 13 de Setiembre sobrevino una calma chicha. Las velas inertes colgaban á lo largo de los palos, y sin su poderosa hélice, la *Aurora* hubiera permanecido como anclada en medio del Océano.

Aquella calma podia prolongarse indefinidamente. A la puesta del sol el doctor hablaba sobre el particular con Paco Arias, que hizo echar trapo y más trapo é izó sobres y alas y arrastraderas para aprovechar el menor soplo de aire, sin poder conseguir resultádó alguno.

—De cualquier modo,—dijo el doctor,—los lamentos para nada sirven, y así como así, la falta de viento es preferible al viento de proa.

—¿Teneis razon, amigo mio,—contestó el marino;—pero precisamente estas calmas sieden preceder á una próxima variacion de tiempo, y por peco que el viento nos sea contrario, retrasará bastante vuestra marcha.

—¿Y qué le hemos de hacer? Todo se reducirá á experimentar algun retraso.

—Sin duda, á no ser que haya tempestad.

—¿Nos amenaza acaso?—preguntó el doctor.

—Sí por cierto.

—Pues nada noto en la atmósfera...

—No os fieis de la apariencia del cielo, amigo mio; no hay nada más engañoso. Tengo indicios seguros de temporal deshecho: además del calor sofocante y pesado que experimentamos, lo que producirá indudablemente llamamientos de aire de una violencia suma, el barómetro baja hace algunos dias, y hoy está á 26 pulgadas. Temo particularmente las borrascas de estos mares, pues algunas veces he tenido que luchar con ellas, y sé que son terribles. En cambio, esta noche podremos contemplar un espectáculo maravilloso y de imponderable belleza, que es tambien un síntoma de tempestad.

—¿Qué espectáculo?—preguntó el doctor.

—La *luz de mar*, que se presentará sin duda alguna con más intensidad que de ordinario.

Paco Arias, expresando sus temores, obedecia á su instinto de marino. Era un hábil observador del tiempo: el descenso persistente de la columna barométrica le hizo

tomar á bordo algunas medidas de prudencia. Esperaba una tempestad deshecha que no indicaba aún el estado del cielo; pero su inflexible instrumento no podía engañarle. Tampoco se equivocó respecto á la aparición é intensidad de la luz de mar.

A las diez de la noche el Océano parecía incendiado: la estela que la fragata dejaba en pos de sí era un surco de blanca luz, y el remolino producido por las vueltas de la hélice parecía un ramillete de fuegos artificiales. Veíanse flotar millares de estrellas, que multiplicándose y reuniéndose con una rapidez increíble, formaban un vasto campo de luz, ora vivísima y centelleante, ora tranquila y aljofarada. Oleadas luminosas se elevaban, rodaban y se rompían en brillante espuma, y veíanse saltar y engolfarse cuerpos y globos voluminosos resplandecientes y parecidos por su forma á peces: estos móviles focos de luz se reunían de mil maneras.

Aurora, el doctor y el capitán contemplaban desde la toldilla aquel magnífico y deslumbrante espectáculo.

—¿Cómo se explica este fenómeno, mi querido sabio? —preguntó Aurora al doctor.

—De varias maneras, amiga mia. Algunos naturalistas pretenden que las aguas marinas están dotadas de fosforescencia y que hasta la comunican á los animales que las pueblan; pero las observaciones hechas durante la expedición mandada por el capitán Freycinet parecen probar, por el contrario, que esta fosforescencia se debe á la presencia de numerosos moluscos y zoófitos que poseen esta facultad y que la comunican al mar. Otros observa-

dores, entre ellos Forster y Fougeroux, opinan que la luz de mar proviene de la descomposicion de las materias animales y vegetales reunidas en el mar, cuya putrefaccion permite desprenderse al fósforo que contienen. Parece que el desove de los peces posee tambien la facultad de producir cierto brillo, y finalmente, se ha observado que la luz fosfórica era más extensa en tiempo de tempestad, lo que ha inducido á creer que este fenómeno podria ser producido por la frotacion de las corrientes marinas.

—Y entre esas diversas opiniones,—dijo el capitán,—¿cuál os parece más fundada?

—Todas lo son; pero, en mi concepto, la de Forster y Fougeroux es la que más se aproxima á la verdad de los hechos.

—¿Se ha podido averiguar,—preguntó Aurora,—la mayor profundidad del Océano?

—No, amiga mia; hay parajes donde no se encuentra fondo, aunque de esto no podemos deducir que el mar carezca de fondo realmente, idea absurda y poco conforme con las analogias de la física. La cuenca ó fondo del mar presenta desigualdades semejantes á las que ofrece la superficie de los continentes, formando montañas, valles y llanuras; y aun tratándose de los valles más hondos, no creo que la profundidad llegue á 8.000 metros; de todos modos, aunque no tuviese más que la cuarta parte de esta cantidad, nuestros cortos instrumentos no podian encontrar el fondo, puesto que lord Mulgrave, en el Atlántico septentrional, no pudo alcanzarle arriando una cuerda de 4.560 metros.

—¿Y está habitado el mar en esas grandes profundidades?

—No, querida mia; pasado cierto límite, la vida animal, la vegetal y hasta la rudimentaria son completamente imposibles en razon á varias causas, entre las cuales figura en primer término la presión ejercida por las capas de agua. Dentro de esos límites los habitantes del mar son innumerables; pero más allá no podrían encontrarse ni una asteria, ni una madrepora. Así, pues, solo son habitables generalmente las regiones superiores; pero en estas las diferentes especies de animales marítimos se encuentran muy repartidas, y existen diferentes regiones tan des pobladas de peces que pueden compararse á los desiertos de la tierra.

—Y eso ¿á qué se debe? —

—A que, en virtud de las corrientes marítimas, que arrastran numerosos detritus vegetales y animales, encuentran los peces en unas partes una nutrición más abundante que en otras.

—He oido decir,—exclamó Aurora,—que el agua del mar no está igualmente salada en todas partes: ¿es cierto esto, doctor?

—Sí, amiga mia; la regla general es que la salobridad sea mayor en las aguas ecuatoriales que en las polares; pero existen excepciones para varios países, y especialmente para los golfos en que desembocan muchos rios. Así, por ejemplo, el agua del mar tiene de sal en las costas de Islandia la décima parte de su peso, al paso que en el Báltico no tiene más que la trigésima. La proporción de sal varía tambien según la profundidad; así lo demuestran, por lo menos, los experimentos de Sparmann, que habiendo tomado una botella de agua á la profundidad de 60

brazas, le encontró el sabor del agua dulce en la que se hubiera disuelto un poco de sal común. En las costas de Islandia se ha observado también que el agua es más salada en el flujo que en el reflujo; y por el contrario, en el golfo de Botnia los habitantes conocen por la mayor salobridad del agua en el reflujo cuando se acerca el momento del flujo. En este mismo golfo el mayor grado de salobridad es en la plenitud del invierno y el menor en el estío, lo cual no puede provenir de otra causa que de la licuacion de los hielos.

—¿Se ha descubierto,—preguntó el capitán,—el origen de la salobridad del mar?

—Hay diversas hipótesis,—contestó el doctor,—si bien algunas son completamente infundadas. Opinan unos por la existencia de grandes bancos de sal en el fondo del Océano; pero estos bancos también pueden ser depósitos que el mar ha formado por precipitación. Otros creen que proviene de las aguas fluviales; pero en este caso, el Océano podría considerarse como un gran lago, receptáculo común de todas las aguas terrestres, y la salobridad debería aumentar de día en día: Halley, que dió á luz esta hipótesis, deseaba que se efectuasen experimentos que en los siglos venideros pudieran aclarar la cuestión. Algunos naturalistas modernos consideran al mar actual como el residuo de un fluido primitivo que debió tener en disolución todas las materias de que está compuesto el globo y que habiendo depuesto luego todos los principios terrosos, ácidos y metálicos de que estaba cargado, han quedado en su residuo, que es el mar actual, algunas sustancias elementales combinadas demasia-

do íntimamente con el agua para poder segregarse.

—Tengo entendido,—dijo Aurora,—que las aguas marítimas afectan distintos colores en ciertas comarcas.

—Así es, en efecto,—contestó el capitán;—por mi parte, he tenido ocasion de observar que las aguas del golfo de Guinea son blanquecinas, amarillentas entre la China y el Japon, bermejas en las costas de California y negras en las cercanías de las Maldivas: lo que no puedo deciros es la causa que da origen á esta diversidad de colores.

—Existen varias,—repuso el doctor,—que dependen muchas veces de las circunstancias locales; lo más general es, sin embargo, que se deba á la mezcla de sustancias terrosas ó minerales, á la naturaleza del suelo, y tambien á la presencia de miriadas de infusorios, como sucede en el mar Rojo, cuyo color, segun pudo ver Ehrenberg en 1825, proviene de la acumulacion de una especie de *oscillaria*, ser microscópico intermedio entre el animal y el vegetal. Los tintes negros, verdosos y amarillentos pueden ser tambien originados por las plantas marinas, que en ciertos parajes se elevan hasta la superficie, llegando algunas veces á cubrirla, como vimos hace algunos dias al atravesar el mar de Sargazzo.

—Muy bien, mi querido sábio,—exclamó Aurora;—vuestras explicaciones me agradan muchísimo, y preciso es confesar que en cuestiones de geografía física pocos podrian aventajaros. Ahora decidme una cosa.

—Preguntad.

—¿Cómo se explican las *mareas*, esas oscilaciones regulares y periódicas que sufren los mares?

—Se explican,—contestó el doctor,—por la atracción de los cuerpos celestes, y principalmente por la que ejercen el sol y la luna. (1) Por la acción de la luna, considerando en el plano del Ecuador, las aguas se elevan unas directa y otras oblicuamente, pero se elevan también en sentido perfectamente opuesto, en razón á la atracción de la tierra. Fórmanse, pues, dos promontorios, siendo marea *alta* debajo de la luna y el punto opuesto, á 180° de distancia, de lo que se deduce que en los dos puntos intermedios, á los 90° de uno y otro, la marea es *baja*. Por su movimiento de rotación, la tierra presenta sucesivamente á la luna todos sus meridianos en un espacio de 24 horas, hallándose por consecuencia alternativamente y con un intervalo de seis horas, ya debajo de la luna, ya á 90° de este astro, de lo cual resulta que las aguas del mar se elevarán y bajarán dos veces en todos los puntos de la tierra. Estas oscilaciones no son igualmente sensibles en todas partes: las desigualdades del fondo del mar, la configuración de las costas y otras circunstancias locales alteran su regularidad, y así se vé, por ejemplo, que en el mar del Norte la marea sube cerca de tres metros, al paso que en el Mediterráneo, en las costas de España, apenas es apreciable.

—¿Y cómo explicais las corrientes, sábio doctor?—

—De esta manera, hermosa mia: las corrientes se dividen en generales y particulares, y son generales las dos corrientes polares y la corriente ecuatorial. Las corrientes polares tienen su origen en que, descomponiéndose

(1) Laplace, *Sistema del mundo*; Lalande, *Tratado del flujo y reflujó*.

cada día una gran cantidad de hielo en virtud del calor del sol, los mares árticos y antárticos tienen una superabundancia de agua de la que pretenden descargarse, y como la del Ecuador tiene menor peso específico y es además evaporada en gran cantidad, es necesario que concurren las aguas vecinas para restablecer el equilibrio; este movimiento se propaga de una region acuática á otra, y así las aguas circumpolares están á cada momento impelidas hácia el Ecuador. La gran corriente ecuatorial se produce de Este á Oeste, y su explicacion es como sigue: las aguas de las corrientes polares, en razon á su frialdad, tienen un peso mucho mayor que las que vienen á reemplazar, y por otra parte, están dotadas de un movimiento de rotacion mucho más lento que el de las aguas ecuatoriales. Ahora bien, estas aguas no se desprenden de una vez del grado de movimiento adquirido, y no pueden, por consiguiente, seguir la rotacion del globo, cuya parte sólida, moviéndose siempre hácia Oriente con la misma rapidez, deja á las aguas algo rezagadas en las costas occidentales, al paso que parecen salirle al encuentro en las orientales. Así, pues, esta corriente no es más que una tranquila y natural oscilacion que depende únicamente del equilibrio del Océano. Existen tambien muchas corrientes particulares, siendo las más notables el *Gulf-Stream*, que partiendo de las costas de España, se dirige á las Canarias, llega á la costa del Brasil, sube hasta el globo de Méjico, donde toma el nombre de corriente de la Florida, forma el canal Bahama y llega al banco de Terranova, desde el cual vuelve á su punto de partida, para formar allí la corriente llamada

oriental. En el Océano indico existe otra, tambien notable, que á lo largo de la Australia y de Sumatra se dirige hasta el golfo de Bengala, siendo un resultado necesario de la presion de las corrientes polares en la ancha abertura que tiene al Sur el mar de las Indias. Por último, en el Océano Pacifico se han notado varias; pero la principal es la que, partiendo de las costas occidentales de América, llega hasta Nueva Guinea, volviendo luego por el Oeste al golfo de Penas, donde se divide en dos brazos, dirigiéndose el uno á las costas de Chile y Bolivia, y el otro al estrecho de Magallanes hasta las islas Malvinas. Ya tenéis explicadas las corrientes.

—¿Y no podeis,—exclamó sonriendo Aurora,—darnos á conocer otras maravillas y fenómenos marítimos?

—¡Oh! ¡Puedo daros á conocer tantas! Pero me contentaré con deciros que el fondo del mar está en muchas partes formado por una costra de testáceos y rocas madreporicas que forman bosques petrificados; que allí se encuentran pulpos gigantescos cuyos tentáculos, de tres metros de largo algunas veces, pueden ahogar á un hombre; que el mar guarda en su seno considerables riquezas en corales, perlas y hasta en minerales, pues cerca de Marsella hay una cantera submarina de la cual se extrae mármol de superior calidad, y finalmente, que en el golfo de Spezzia y en la bahía de Jagua, cerca del puerto de Batabano, brotan del fondo del mar fuentes de agua dulce con tal ímpetu que los barquichuelos no pueden acercarse á ellas sin peligro. (1) Hé aquí concluida nuestra confe-

(1) Humbolt, *Cuadros de la naturaleza*.

rencia, y nunca á mejor tiempo, pues nos anuncian que la cena nos espera.

En efecto, un camarero avisó que la cena estaba servida.

La hermosa viajera y sus dos compañeros bajaron al comedor y se sentaron á la mesa.

CAPÍTULO II

Una tempestad.

Poco se mostraba algo inquieto. Al bajar de la tableta la había examinado el estado del cielo y su inspección le hizo augurar mal. El horizonte del Sur comenzaba á tornarse y no debía tardar en hacerse sentir la tormenta. Comenzó la cena, los dos jóvenes volvieron á cubrirse y á irse al retiro. A su retiro se retiró el capitán. El viento se levantó y se hizo sentir la mayor parte del velamen sin dejar de que la gavia, el velacho y los topes. A media noche el viento creció, agitando una violenta lluvia.

Los capitanes de la epistola, los señores de la familia, el noble de las velas y los señores del caso fueron á conocer al doctor que el capitán no se había encontrado en sus predicciones.

—La tempestad encima?—preguntó á su amigo.

## CAPÍTULO VI.

## Una tempestad.

Paco se mostraba algo inquieto. Al bajar de la toldilla habia examinado el estado del cielo y su inspeccion le hizo augurar mal. El horizonte del Sur comenzaba á cerrarse y no debia tardar en hacerse sentir la tempestad.

Concluida la cena, los dos jóvenes volvieron á cubierta y Aurora se retiró á su recámara.

El cielo aparecia entoldado, comenzaba á soplar el viento, y Paco hizo arriar la mayor parte del velámen, sin dejar más que la gávia, el velacho y los foques.

A media noche el viento arreció, adquiriendo una violencia suma.

Los crugidos de la arboladura, los sacudimientos de la jarcia, el ruido de las velas y los gemidos del casco dieron á conocer al doctor que el capitán no se habia engañado en sus predicciones.

—¿La tenemos encima?—preguntó á su amigo.

—Aun no; pero no tardará,—contestó Paco.

Y mandó coger rizo á la gávia: los marineros se lanzaron á las vergas y con mucho trabajo pudieron disminuir la superficie de las velas. Paco queria conservar cuanto trapo le fuese posible, á fin de que la fragata ciñese el viento y se suavizasen algo los balances.

En tanto, el segundo hizo que se cerrasen las escotillas, que se sujetasen los palanquines del cañon y se reforzasen los obenques y brandales.

Era la una de la mañana. Paco, como un oficial en lo alto de la brecha, procuraba desde la toldilla arrancar sus secretos á aquel mar tempestuoso. El doctor, á su lado y con un cigarro en la boca, contemplaba aquel espectáculo con una curiosidad mezclada de admiracion.

Pronto la luz fosfórica del relámpago rasgó la cortina de nubes, sucediéndole un trueno ronco y prolongado, que hizo vibrar estrepitosamente las cuerdas atmosféricas. El barómetro habia bajado á 25 pulgadas, descenso excepcional en la columna barométrica, y empezaban á caer gruesas gotas de lluvia. El viento habia adquirido la velocidad de huracan, y las moléculas de aire eran impelidas con una rapidez de quince toesas por segundo; las velas producian estampidos semejantes á cañonazos, y monstruosas olas asediaban á la fragata, que se agitaba como un alcion en su espumosa cresta.

No tardaron en abrirse las cataratas del cielo, y un torrente de lluvia cayó sobre el mar embravecido; los relámpagos se sucedian con una rapidez espantosa, y los truenos eran tan frecuentes y prolongados que parecian el redoble de cien tambores.

Aurora, violentamente sacudida en su cámara, se arriesgó á subir sobre cubierta y se dirigió á la toldilla.

Apenas la vió, el capitán corrió á ella.

—Volved á vuestra cámara, señora,—la dijo;—las olas empiezan á asaltar el buque y fácilmente pudieran arrastraros.

Era tal el ruido que la jóven apenas oía las palabras del capitán.

—¿No hay ningun peligro?—preguntó, sin embargo.

—Ninguno, amiga mia,—contestó el doctor;—pero vos no podeis permanecer aquí.

—Dejadme un momento,—dijo la hermosa jóven;—quiero contemplar el magnífico espectáculo de esta lucha de la ciencia y la voluntad del hombre contra el poder brutal de los elementos.

Y se cogió al brazo del doctor, recostándose sobre el filarete.

En aquel momento una ola, levantándose sobre el casco, cayó sobre el coronamiento de popa, estrellándose en las puertas de la toldilla, violentamente conmovidas.

Aurora no dió un grito; pero se abrazó al doctor, que la cubrió con su cuerpo.

—¡Larga mayor y trinquete!—gritó Paco, dominando con su voz el rugido de la tempestad,—¡aferra gávia y velacho! ¡arria foques!

Hiciéronse éstas maniobras con un ruido que dominaba al huracán, y la fragata, vomitando por su chimenea torrentes de negro humo, azotó desigualmente el mar con las ramas de su hélice, que giraban á veces en el espacio.

10 Aurora contemplaba llena de una admiracion mezclada de espanto aquella lucha del buque contra la tempestad; se agarraba con todas sus fuerzas al jóven doctor, cuyo brazo oprimia su cintura, y veia jugando entré los vientos desencadenados bandadas de pétrelos, pájaros fúnebres de las tormentas.

El jóven capitán midió el peligro en toda su extension; lo contempló con valor, y vió que las probabilidades de salvacion disminuian por momentos.

11 Resolvió mantenerse á la capa, para que el viento no echase al buque fuera de su rumbo. Se trataba, pues, de bracear oblicuamente las velas para presentarse á la tempestad de costado; á cuyo efecto se izó un foque de trinquete en el estay del palo mayor y se cerró el timón á la banda.

12 La fragata evolucionó como un caballo que sigue la espuela y presentó el costado á las olas invasoras. Esta maniobra no dejaba de ser peligrosa, pues el buque podia zozobrar en los inmensos vacíos que quedaban entre las olas, precipitándose para no volverse á levantar; pero Paco no podia escoger entre maniobras distintas, y resolvió mantenerse á la capa mientras no cayesen las velas ó hubiese que picar los palos. La tripulacion estaba pronta á todo, y él, con las manos crispadas en el filarete, examinaba el irritable mar.

13 — ¡Qué hombre tan enérgico es nuestro buen Arias! — exclamaba Aurora; — ¡no hay indudablemente valor alguno que pueda compararse al de estos bravos marinos.

14 La fragata se ladeaba de una manera espantosa y algunas veces los penoles se hundian en las encrespadas

olas. Hubo un momento en que creyeron que no se volvía á levantar, y Paco tembló por el buque y sus pasajeros. Iba ya á dar órden de que se picasen los obenques del palo mayor, cuando las velas, arrancadas de sus relingas por la violencia del huracan, echaron á volar como albatros gigantescos.

La *Aurora* se levantó; pero, sin apoyo en las olas, se balanceaba de tal modo que amenazaban troncharse los palos: no era posible que resistiese mucho tiempo tan furiosas sacudidas.

Paco se inclinó hácia el doctor y le dijo al oido:—Soló tengo una débil esperanza: generalmente la duracion de estas tempestades está en razon inversa de su fuerza, y creo que al salir el sol cederá el viento; pero si me engaño y la tormenta se prolonga, estamos perdidos.

El doctor no contestó; pero fijó en *Aurora* una mirada llena de ternura.

—Retiraos, amiga mia,—la dijo;—vuestras ropas y vuestros cabellos están chorreando; estais calada y la humedad no es buena: pudiérais enfermar. Retiraos á vuestra cámara y acostaos.

La jóven no contestó; pero hizo un ademán negativo y se mantuvo quieta.

La tempestad habia llegado á la plenitud de su violencia: el huracan silbaba con una fuerza espantosa, la lluvia se desplomaba á torrentes, el trueno rúgia sin cesar, mezclando su ronca voz con el estrépito de las olas, y los relámpagos iluminaban con su claridad fosfórica el tenebroso horizonte.

—Antonio, —dijo la jóven con voz trémula, —¡vamos á morir!

—¡Qué idea, Aurora! —exclamó el doctor; —no, no te mais....

—¡Oh! La muerte no me espanta; pero.... Antonio, prometedme una cosa.

—¿Qué quereis, amiga mia?

—Quiero..... ¿me lo prometéis?

—¡Qué niña sois! Sí, os lo prometo; ¿qué es ello?

—Pues bien; si llegamos á perecer, —dijo la jóven con voz trémula y cubriéndose de rubor, —prometedme que moriré en vuestros brazos.

—¡Oh! ¡Aurora mia! —exclamó el doctor estrechando á la jóven sobre su pecho.

En aquel momento Paco volvió á la toldilla: habia ido á consultar el barómetro y su semblante estaba menos ceñudo.

—El barómetro sube, —dijo al doctor, —me parece que al salir el sol la tormenta nos dejará en paz.

—¿Qué hora es? —preguntó Aurora.

—Las tres y media, —contestó Paco Arias.

En esta situacion se pasó el resto de la noche.

Al amanecer el viento se calmó un poco, variando algo de direccion, y cesaron los truenos y los relámpagos; las olas perdieron mucho de su furia, y aunque la lluvia seguia con la misma violencia, el peligro no era ya inminente.

A las nueve de la mañana la tempestad habia caido por completo; la mar estaba poco agitada y al huracan habia sucedido una brisa manejable del Este.

Aurora estrechó la mano del marino, y le dijo: —

—Gracias, Paco.

El jóven se sonrió y se dió por satisfecho con esta recompensa.

Acto continuo la hermosa viajera abandonó la toldilla.

—En verdad que es una mujer de corazón,—dijo Ps-  
 go;—muchos hombres no se hubieran atrevido a pasar  
 una noche tan terrible sobre cubierta. Y ahora que se  
 presenta la ocasión, amigo mío, ¿preferiréis decirme una  
 cosa?  
 —Preguntadme.

### CAPITULO VII.

—¿Quién es esa mujer?  
 —La pregunta me extraña,—dijo el doctor;—¿mandarías  
 su padre y no la conoces?  
 —Yo no sé más que su nombre y que es rústica;  
 ¿sabéis vos algo más?

#### Confidencias.

—El por cierto, y aunque el secreto no me pertenece,  
 como entre nosotros no debe haber reservas de ninguna

Después que la joven entró en su camarote, los dos  
 amigos se sentaron bajo la toldilla, y para calmar las ter-  
 ribles emociones de la noche, se hicieron servir una bote-  
 lla de Jerez y algunos bizcochos.

—Estoy molido,—exclamó el capitán bebiendo la pri-  
 mera copa y encendiendo un cigarro;—¡vaya una noche!  
 ¡vaya un huracán! ¡de buena hemos escapado, amigo  
 mío! ¡momentos ha habido en que no hubiera dado dos  
 cuartos por nuestro pellejo!

—En efecto,—contestó el doctor,—el peligro ha sido  
 eminente; pero, si he de decir la verdad, había algo más  
 grande que la tormenta y que me llamaba más la aten-  
 ción.

—¿Y qué era ello?

—El valor de Aurora: no ha palidecido, no ha tembla-  
 do, no ha desaparecido un momento de sus labios la  
 sonrisa.

—En verdad que es una mujer de corazón,—dijo Pa-co;—muchos hombres no se hubieran atrevido á pasar una noche tan terrible sobre cubierta. Y ahora que se presenta la ocasión, amigo mío, ¿quereis decirme una cosa?

—Preguntadme.

—¿Quién es esa mujer?

—La pregunta me extraña,—dijo el doctor;—¿mandais su buque y no la conoceis?

—Yo no sé más que su nombre y que es riquísima; ¿sabeis vos algo más?

—Sí por cierto, y aunque el secreto no me pertenece, como entre nosotros no debe haber reservas de ninguna especie, voy á deciros quién es Aurora.

—Escucho.

—Hace próximamente tres años,—dijo el doctor,—que con el objeto de recorrer algunas capitales de Europa salí de Barcelona, donde estaba establecido, dirigiéndome á Marsella, con el intento de detenerme allí un par de meses y pasar despues á Génova. Ya sabeis que tengo alguna celebridad, no sé si merecida, como especialista de las enfermedades del pecho y del corazón: los periódicos de Marsella anunciaron mi llegada, haciendo sonar en mi honor bombó y platillos, y quiso Dios y mi buena estrella que uno de estos periódicos fuese á caer en manos del honorable lord Kennedy, el hombre más raro, feo y anti-pático que he visto y espero ver en los dias de mi vida.

—¡Lord Kennedy! ese es el nombre del difunto marido de doña Aurora.

—Así es, en efecto. Lord Kennedy se presentó en mi casa, y me dijo que su joven esposa padecía hacia algún tiempo una hipertrofia del corazón, que innumerables médicos se habían declarado impotentes para curarla, y que habiendo sabido mi llegada á Marsella, venia á pedirme que me tomase la molestia de visitarla. Como era mi deber, me puse á sus órdenes, y acto continuo me condujo á su palacio. Allí encontré á Aurora; pero pálida, flaca, estenuada y dejando ver en su hermoso semblante una espresion tal de dolor, de cansancio y desesperacion que daba pena. Lord Kennedy me presentó á ella, y después de algunas frases de mera formalidad la reconoció padecia, en efecto, una hipertrofia del corazón, enfermedad terrible con la cual la ciencia sólo puede luchar con grandes desventajas. Comprendí, sin embargo, que el origen de aquel mal no era una causa física; la espresion del rostro de Aurora, el disgusto que denotaba al mirarse á su marido y algunas otras circunstancias me dieron á conocer el verdadero principio de la enfermedad, y después de una madura reflexion, me comprometí formalmente á devolver la salud á Aurora bajo la condicion indispensable de que podia obrar con entera libertad. La verdad es, lo confieso sin rubor, que yo me habia enamorado de la desgraciada niña: su hermosura, su juventud, su infortunio, la desesperacion suprema que se reflejaba en su semblante me habian conmovido, y quise ser el arroyo de agua cristalina que diese vida y robustez á aquella pobre flor agostada y marchita. Hablé, pues, á su marido con franqueza respecto á las causas que, en mi concepto, deban lugar á la enfermedad de Aurora, y el pobre

hombre, que á pesar de sus innumerables defectos no era completamente perverso y adoraba á su mujer, se resignó á ausentarse de Marsella en tanto que Aurora no recobrase la salud. Así lo hizo dos dias despues, y quedó por consiguiente en completa libertad de obrar. Desde aquel momento me instalé á la cabecera de la enferma y me consagré por entero á ella. La rodeé de distracciones delicadas; me formé un método de curacion excepcional, y al cabo de algun tiempo adquirí la evidencia de que la jóven estaba salvada. Yo pasaba á su lado la mayor parte del dia y las primeras horas de la noche, leyéndola los mejores poetas españoles y americanos y las aventuras de los más célebres viajeros, y cuando ya pudo abandonar el lecho, ella se ponía al piano, y como no podia cantar, me recitaba á media voz algunas melodías alemanas. Me demostraba una confianza ilimitada, y yo por mi parte la adoraba hasta el delirio. Sin embargo, ni yo quise darla á conocer un sentimiento que tal vez la hubiera ofendido, ni ella daba la más leve muestra de haber comprendido lo que pasaba en mi alma. Entónces ya conocia su historia, que ella misma me habia referido: era la de todas esas pobres niñas sacrificadas por un padre desalmado al interés de familia. A los catorce años, sin consultar para nada su corazon ni sus sentimientos, la habian casado con el antipático lord Kennedy, que por su edad, por su carácter, por sus costumbres y hasta por su figura, era el hombre más á propósito para desesperar á una mujer. En esa edad en que el amor es una necesidad para el alma, Aurora no pudo encontrarlo; perdió su antigua alegría, sus bellos colores, se agostó co-

mo una flor por falta de riego, la dominó esa negra melancolía que nace de la soledad del alma, y al fin cayó enferma: era, pues, una pobre víctima sacrificada al interés más sórdido, y esta consideración hizo crecer mi amor y mi ternura.—Todos creen, me dijo uno de los primeros días que la visité, que me muero de tisis; vos solo sabreis la verdad: me muero de amor.—Afortunadamente, sus tristes presentimientos no se realizaron: la ciencia y mi amistad, apoyándose mutuamente, triunfaron de la enfermedad, y la interesante jóven pudo, al fin, salir de casa: para esto se habian tardado seis meses. Saliamos en su carruaje, recorriamos los pintorescos alrededores de Marsella, nos sentábamos juntos bajo los árboles, y la distraia haciéndola contemplar la belleza de un paisaje, los colores de una mariposa ó los pétalos de una flor. Su carácter poético y dulce se ceñia perfectamente á este método de vida, y aunque de una manera muy lenta, pude conseguir una curacion completa. Lo puse en conocimiento de su marido, que poco despues volvió á Marsella, más ceñudo y taciturno que nunca, y prescindiendo ya de mis derechos de médico, sólo visité á Aurora como un amigo. Lord Kennedy pretendió pagarme haciendo que su mayordomo me entregase 10.000 pesos, y yo rehusé esta cantidad: Aurora me envió su retrato, y desde entonces le llevo sobre mi pecho. ¿Comprendió el inglés el sentimiento que me inspiraba su mujer? ¿Temió acaso que Aurora me pagase su salvacion haciéndome dueño de su amor? No lo sé; pero lo cierto es que no tardó mucho tiempo en salir de Marsella con su esposa, yendo á establecerse en su quinta de Biarritz. Lejos de la mujer á

quien adorada, aislado y triste, no quise permanecer en Marsella, que sin Aurora me parecía un desierto: me trasladé á Argelia, viajé algunos meses por Africa y volví á Barcelona. Hubiera podido adquirir noticias de mi amada; pero temí dar lugar á las sospechas de su marido, y esperé que Dios me la presentase algun dia libre y en situacion de aceptar mi amor. Mi esperanza se ha realizado: mi amor es correspondido, y una vez realizado este viaje, Aurora será mi esposa. Esto es cuanto puedo decir.

—No es poco,—dijo Paco, llenando por tercera vez las copas.

—Ahora,—repuso el doctor,—¿quereis á vuestra vez decirme como conocisteis á Aurora?

—Decid,—observó Paco,—cómo doña Aurora me conoció á mí, pues yo, cuando tomé el mando de este buque, ni la conocia ni sabia que tal mujer existiese.

—Pues bien, ¿cómo os conoció Aurora?—preguntó el doctor.

—Ahí teneis una cosa que yo no puedo decir, —contestó el capitán.

—¡Cómo!

—Vais á oír de qué modo empezaron mis relaciones con esa señora. Tres meses despues de mi llegada de los Estados-Unidos, hallándome en Santander esperando que uno de los armadores de aquel puerto me confiase el mando de algun buque, recibí una carta que guardo aún y que vais á leer.

Y Paco Arias dió al doctor una carta que sacó de una cartera de piel de Rusia.

D. Antonio la desdobló, reconociendo la letra á la primera ojeada, y leyó:

«Sr. D. Francisco Arias.—Santander.

»Génova, 22 de Julio de 1867.

»Muy señor mio: la presente tiene por objeto anunciaros la remision de 80.000 duros, que han sido entregados á los Sres. Prado y Compañía, banqueros en esa poblacion. Adjuntos son libramientos que os permitirán disponer de esa cantidad. Esta carta os parecerá extraña, puesto que no me conoceis: eso no importa; os conozco yo y basta.

»El asunto es este: se trata de construir una fragata de hélice, de porte de 2.000 toneladas y fuerza de 1.000 caballos, destinada á una série de viajes que pueden ser largos y peligrosos. Esta fragata se construirá en el Ferrol, bajo vuestra inspeccion, y deberá estar dispuesta en el improrogable término de un año. Vos la mandareis, recibiendo desde esta fecha un sueldo de 40.000 rs. anuales.

»La fragata se llamará *Aurora*. Os recomiendo particularmente las habitaciones que yo debo ocupar, y os advierto que soy partidaria ardiente del sibaritismo más refinado.

»Partiendo del principio de que la fragata no ha de llevar más cargamento que sus víveres y provisiones, tenéis espacio de que disponer, y hareis por consiguiente que se habiliten una cuadra para cuatro caballos y un local para dos carruajes. Las habitaciones y camarotes han de ser cómodos y desahogados, lo mismo que las camaras de la tripulacion, pues quiero que todo el que dependa de mí quede perfectamente satisfecho.

»Os recomiendo el mayor tacto en la eleccion de mari-

neros: procurad que sean hombres honrados, valientes, dispuestos á todo, y si os fuere posible, escogedlos de las matriculas de Galicia, que son los mejores. Señalareis á todós un salario triple del habitual, percibiendo cada uno al final de su contrata, que deberá durar dos años, una gratificacion de 100 duros.

»Servíos contestarme á Ginebra, Hotel de Francia.

»Soy vuestra afectisima amiga,

AURORA PEREZ DE URQUIZA.»

—¿Y qué contestásteis?—preguntó el doctor doblando la carta y devolviéndola al marino.

—Apenas la leí,—respondió este,—me presenté con mis libramientos en casa de los Sres. Prado y Compañía, donde me esperaban los anunciados 80.000 duros. Dichos señores pusieron su caja á mi disposicion, y al ver esto pedí un pliego de papel y envié mi aceptacion al punto indicado. En seguida cobré 20.000 duros, me fui al Ferrol, me entendí con los mejores constructores, y dos días despues la quilla de la *Aurora* estaba ya en los calzos del astillero. En seguida me dirigí á Liverpool, y arreglándose á mis planos, los talleres de M. Patterson se encargaron de construir la máquina. Nuestra obra avanzaba, llenando por completo mis deseos, cuando el 23 de Febrero recibí otra carta que vais á leer.

Y sacó de la cartera otro papel, que desdobló y dió al doctor.

Decia así:

«Sr. D. Francisco Arias.—Ferrol.

»Constantinopla 10 de Febrero de 1868.

»Muy señor mio: Sé que mi fragata estará en dispo-

sición de navegar dentro de tres meses: sé tambien que es un buque de primer orden, y os doy las gracias. No os ocupéis de la ornamentación de mis habitaciones, que quiero dirigir yo misma; pero no olvidéis ninguna de las circunstancias relativas á la comodidad de la tripulación.

»Vuestra afectisima amiga,

—AURORA PEREZ DE URQUIZA.—

—La fragata estuvo en disposicion de darse á la mar el 25 de Mayo: probé su velocidad y ligereza en un corto viaje á Santander, convenciéndome de sus grandes cualidades marineras, y retiré de casa de mis banqueros 186.000 rs. que habian sobrado. Entonces recibí esta tercera y última carta.

Y el capitán dió al doctor otro papel, que decia así:

«Sr. D. Francisco Arias.—Ferrol.

«Viena 23 de Mayo de 1868.

«Apreciable capitán: Os esperó con mi buque en Venecia el 1.º de Julio: me encontrareis en la Fonda de Alemania.

»Vuestra amiga,

—AURORA PEREZ DE URQUIZA.—

—Apenas recibí esta carta,—prosiguió Paco,—me di á la vela para Venecia. Hice el viaje con toda lentitud, deteniéndome con todo propósito en Oporto, Lisboa, Cádiz, Málaga, Palermo y Messina, y el 30 de Junio, poco despues de medio dia, recalé en el puerto de Venecia.

—¿Y encontrásteis allí á Aurora?—preguntó el doctor.

—En la fonda de Alemania, como anunciaba su carta. Acto continuo pasó á bordo, quedando contentísima del buque, y al día siguiente metió en él tapiceros y adornistas que pusiesen sus habitaciones tan hermosas como las veis. Concluido todo, se instaló á bordo con todo su magnífico equipaje y servicio y trenes, dos doncellas, dos camareros y demás gente de la servidumbre; se embarcaron los cuatro magníficos caballos que van en la bodega, y á principios de Agosto salimos de Venecia, visitamos Trento, Reggio, Nápoles, Liorna y Porto-Ferrajo, y el día 22 del mismo mes entramos en Barcelona. Una vez allí, hizo averiguar dónde vivíais, y lo demás ya lo sabéis.

—¿Y no os ha dicho,—preguntó el doctor,—por qué se dirigió á vos de una manera tan misteriosa?

—No por cierto; y yo, por más que he puesto en prensa el magin, no he podido adivinarlo. De todos modos, esa señora es una mujer de corazón, y por mi parte me dejaría matar por ella. Ahora voy á ver si puedo dormir un rato, porque me estoy cayendo de cansancio y de sueño.

Y diciendo esto, el capitán salió de la toldilla, entró en su camarote y se tendió en su hamaca.

D. Antonio siguió su ejemplo, y durmió como un lirón hasta que le despertaron á la hora de comer.

## CAPITULO VIII.

## Maravillas atmosféricas.

Cuando el capitán y los viajeros se sentaron á la mesa eran cerca de las cuatro de la tarde.

Las huellas de las terribles emociones de la noche se habian borrado por completo del rostro de Aurora, que aparecia tan hermosa y sonriente como de costumbre; el doctor habia tambien recobrado su dulce gravedad, y en cuanto al capitán, una tempestad más no era cosa que le hiciese perder el buen humor.

Como era casi natural, la conversacion versó sobre los sucesos de la noche.

—Francamente,—dijo Aurora,—hubo un momento en que creía que nuestra muerte era segura: si entonces me hubiéseis dicho que hoy nos sentariamos á la mesa con tanta tranquilidad, me hubiera reído de vosotros.

—Efectivamente que la tormenta, aunque corta, fué de las buenas,—dijo el marino;—y si se hubiera prolonga-

do, no sé lo que habria sucedido; por fortuna, la *Aurora* es un buque sólido, y una tempestad de ocho horas no es bastante para rendirla.

—De todos modos,—observó el doctor,—hicisteis mal en pasar la noche sobre cubierta...

—¡Bah!—exclamó sonriendo Aurora;—estaba cansada de un viaje tan monótono; no habia tenido otra distraccion que la pesca de la ballena, y no quise perder la ocasion de contemplar á mi gusto aquella terrible lucha de los elementos: y os aseguro que una noche de tempestad es una distraccion de primer orden.

—¡Ya lo creo!—exclamó irónicamente Paco;—pero, sin embargo, confieso francamente que esas distracciones no me gustan.

—¡Vos decís eso! ¡vos! ¡uno de los mejores marinos de España! ¡uno de los capitanes más braves que cruzan los mares!

—Sí, señora, lo digo y no me ruborizo. Vos, que sois un poema viviente y que no mirais las cosas más que por el lado bello; de seguro encontráis en las tempestades, y especialmente en las tempestades marítimas, mucho de grandioso: cierto que es una cosa magnífica esa terrible lucha de los elementos, en la cual se manifiesta por completo toda la poderosa fuerza de la naturaleza; pero si quereis pararos á meditar que en esos terribles dramas encuentran la muerte millares de desdichados que tienen madres, esposas ó hijos, de los cuales son el sosten y el amparo, y que quedan en el más triste abandono; si considerais que esas olas imponentes arruinan fuertes casas de comercio levantadas por el trabajo,

el sudor y la inteligencia de hombres laboriosos, indudablemente vereis que, bajo la corteza de esa magnificencia, hay en las tempestades una realidad muy triste.

—Es verdad,—dijo Aurora.

—Nosotros,—continuó el capitán,—que estamos acostumbrados á mirarlas frente á frente, y á quienes no domina ese instinto poético que os hace verlo todo con colores brillantes, nosotros tememos, esta es la verdadera palabra, tememos á esas terribles luchas de los elementos, que ponen en peligro nuestras vidas y las de los tripulantes que obedecen nuestras órdenes. El doctor, que como hombre de ciencia debe mirár las cosas desde su verdadero punto de vista, os dirá si tengo ó no tengo razon.

—Sí la teneis, amigo mio,—exclamó D. Antonio.

—Hay además otra cosa que hace que los marinos, aun los más resueltos, aun los más temerarios, miren con verdadero miedo, y esto sin avergonzarse, esas tempestades tan horribles y que vos encontráis tan bellas.

—¿Y qué es esa cosa?

—La responsabilidad que pesa sobre ellos, responsabilidad estrecha que les exigen, primero su conciencia, despues las leyes. De esto puedo responder yo: sin acudir á á otros ejemplos, anoche mismo, en el momento solemne en que veia desvanecerse toda esperanza, lo que más daño me hacia no era el temor de perder mi vida, sino la terrible muerte que os aguardaba, y no solo á vosotros, sino tambien á nuestras pobres gentes. ¿Y sabeis por qué? Porque en esas situaciones críticas no hay capitán á cuya conciencia no asalte la duda de si ha cumplido ó no ha

cumplido por completo los deberes que le impone su posición. Y esta duda, amigos míos, en un hombre de quien depende la existencia de veinte ó treinta criaturas, cuando ve la muerte á dos pasos de sus ojos, es lo más horrible que podeis figuraros. No, señora; ni en broma digais jamás que una tempestad es para vos una distraccion; por el contrario, pedid á Dios que en nuestros viajes sucesivos no tengamos que luchar con ellas: os lo dice un marino.

—Y un marino de los más bravos,—contestó Aurora enviándole una sonrisa.

En seguida se levantó: la comida habia concluido, y los tres jóvenes pasaron á la recámara, donde se habia servido el café.

Aurora se reclinó en el divan, y ofreció cigarros á los jóvenes; Paco sirvió el aromático Moka, y despues de un momento, Aurora dijo sonriendo:

—Querido doctor, continuemos, si gustais, vuestras conferencias científicas; y ya que un fenómeno marítimo dió lugar anoche á vuestras curiosas lecciones sobre el mar, decidnos hoy, puesto que hemos sufrido una tempestad, cómo se fraguan y de qué se componen esas terribles luchas de los elementos.

—Con mucho gusto, amiga mia,—contestó el doctor.

—Empezad, pues.

El doctor apuró su café, chapó el cigarro, y acomodándose en una butaca, dijo:

—Para que una tempestad se desenvuelva con la terrible magnificencia que revestia á la que sufrimos anoche, es necesario la concurrencia de varios elementos, ó



# OBRAS CONCLUIDAS

ILUSTRADAS CON LÁMINAS

## A LAS CUALES SE ADMITE SUSCRICION.

- EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.—(Memorias del tiempo de Felipe IV.) Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LAS GENTES DE BUENA FE.—(Memorias de cuatro pillos.) Novela de costumbres por Don Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- EL PASTELERO DE MADRIGAL.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- GABRIELA.—(Historia de una pobre mujer.) Novela de costumbres por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- DOÑA SANCHA DE NAVARRA.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LOS MISTERIOS DE PARÍS.—Por Mr. Eugenio Sue: dos tomos en 4.º
- MARGARITA DE BORGONA.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LA TORRE DE LOS CRIMENES.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LAS DOS REINAS.—Novela histórica por D. Ramon Ortega y Frias: dos tomos en 4.º
- EL DOS DE MAYO O LOS FRANCESES EN MADRID.—Novela histórica por D. M. Vazquez Taboada: un tomo en 4.º
- LA MODISTA DE MADRID.—Novela de costumbres por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- EL MUNDO DESCONOCIDO.—Exploracion del Africa central, sus montañas, sus cavernas y sus habitantes. Aventuras del capitán Mister Greed entre las fieras y los habitantes de la Nigricia. Las islas sagradas. Maravillas y peligro de los bosques Virgenes, etc.; etc. tres tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.—Desde 1779 á 1814, escrita por Mr. Mignet y enriquecida con notas y documentos interesantes de Mr. Thiers y otros historiadores: dos tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA INSURRECCION Y GUERRA DE LA ISLA DE CUBA.—Escrita por D. E. Llofriu y Sagrera, lujosa edicion con multitud de retratos, escenas, vistas, batallas etc. cuatro tomos en folio.
- INSURRECCION FEDERAL EN 1873.—Sus causas y sus consecuencias, sus misterios políticos y sociales, sus hombres, sus dramas y sus horrores con todos los detalles. Narracion imparcial escrita para todos los partidos, por D. R. Ortega y Frias y D. E. Llofriu y Sagrera: dos tomos en 4.º
- MEMORIAS DE UN MÉDICO.—Novela histórica por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- EL COLLAR DE LA REINA.—Segunda parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- ANGEL PITOU.—Tercera parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- LA CONDESA DE CHARNY.—Cuarta y última parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º